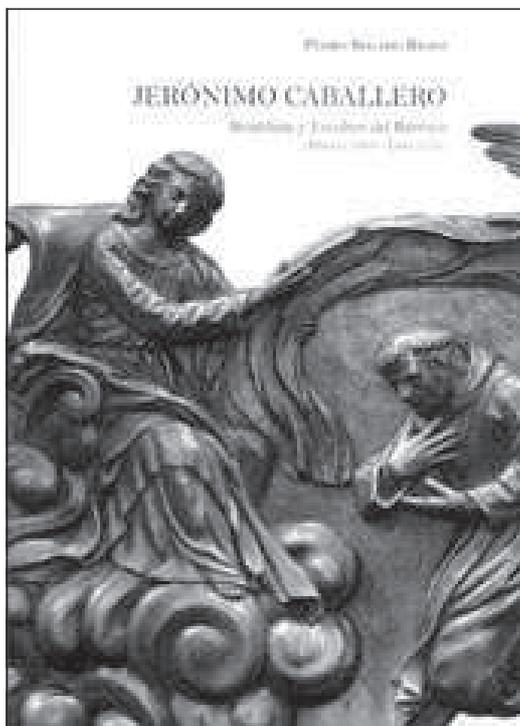


**SEGADO BRAVO, Pedro. *Jerónimo Caballero. Retablista y Escultor del Barroco (Huéscar 1668 - Lorca 1751)*. Granada: Mouilaá Map, 2008. 158 págs.**



La situación fronteriza de las comarcas de Baza y Huéscar con el Reino de Murcia ha marcado históricamente la afinidad hacia Levante que, en ámbitos como el artístico, han llegado a ser determinantes. El hueco dejado tras la desaparición del taller de Cecilio López, a finales del siglo XVII, fue inmediatamente ocupado por talleres levantinos que no sólo asumieron la construcción de importantes retablos, sino que además se valieron de aprendices nativos que estaban llamados a convertirse en influyentes artífices. Éste sería el caso del oscense Jerónimo Fernández Caballero, objeto de una encomiable monografía por parte del profesor Pedro Segado, con la que amplía su estudio sobre la sillería coral de la iglesia de Santa María de Huéscar que publicara hace dos décadas.

La paciente inmersión en los protocolos notariales de Lorca y Huéscar ha permitido al autor reconstruir episodios significativos de la actividad profesional de Jerónimo Caballero, hasta elaborar un nutrido catálogo de obras documentadas y otras atribuidas. Parece evidente el desarrollo de su proceso formativo en el obrador de los Caro, a la muerte del patriarca Antonio Caro *el Viejo*. Considérese la responsabilidad del artífice oriolano en la introducción en el noreste granadino de una orientación decididamente barroca en los retablos, mediante la incorporación de la columna salomónica y el sistema de cuerpo único que acentuaba el nicho central, como expresó en el primitivo retablo de la iglesia parroquial de Orce. Su diseño debió servir de modelo al retablo mayor de la iglesia de Santa María de Huéscar, primera obra documentada de Jerónimo Caballero en colaboración con Manuel Caro. El contrato del desaparecido conjunto, formalizado en 1697, y hasta ahora ignorado, constituye sin duda uno de los principales elementos de interés que ofrece este libro, bellamente ilustrado y de cuidada presentación.

Una breve estancia en Priego y Córdoba le puso en contacto con los influyentes hermanos granadinos Jerónimo y Teodosio Sánchez de Rueda, así como con el innovador Francisco Hurtado Izquierdo. Entre 1702 y 1715 el profesor Segado señala un vacío documental en la trayectoria de Caballero, y que nosotros justifi-

camos por hallarse trabajando en Baza en los proyectos que desarrollaban tanto los Caro como el valenciano Mateo Sánchez Eslava. No es descartable incluso que colaborara con el “maestro de escultor y arquitectura” Pascual Alós, quien, procedente de Játiva, dirigió un pujante taller en la capital bastetana. Sus hijos, formados como oficiales en el obrador paterno, extendieron su actividad por las comarcas circundantes hasta el último tercio del siglo XVIII. Quizás esta competencia y las muertes de Sánchez Eslava y Manuel Caro, motivaran el traslado de Caballero a Lorca, llamado por Antonio Caro *el Joven*. Aquí abrió un reputado taller que le reportó cierta fama, y del que salió su yerno, el bastetano Juan de Uzeta, llamado a convertirse en el más celebrado escultor en piedra de aquella comarca.

A partir de 1728, tras la hechura de la sillería coral de Huéscar y el retablo mayor de las clarisas de Lorca, no se tienen de Caballero más que breves noticias de encargos menores, circunstancia que no deja de ser llamativa en un artista que debía hallarse en la plenitud de su carrera y no moriría hasta 1751. Lo cual demuestra que, como reconoce el profesor Segado Bravo, aún restan por conocer abundantes noticias sobre otros tantos aspectos de su personalidad. Es precisamente aquí donde hallamos elaborado un retrato sucinto en exceso, y del que hubiera sido deseable un tratamiento más extenso, que conectara la producción de Caballero con la de los retablistas de su entorno, y que tan oportunamente ha estudiado el autor en otras ocasiones. La clarificación de los rasgos estilísticos que marcan la evolución de su obra, así como el puntual análisis de sus influencias, debieran constituir unos capítulos previos necesarios para introducir al lector en los sistemas artísticos y productivos del Barroco en torno a 1700. De igual manera, ese relato continuado hubiera quedado aún más enriquecido con un análisis preciso del obrador de Caballero, considerando la adaptación y proyección de su impronta en los programas rituales y decorativos de las comarcas en las que trabajó.

A pesar de mostrar una excesiva sujeción a los modelos tradicionales del retablo seiscentista, sin participar en el proceso de disolución de la infraestructura arquitectónica tan común a partir de 1720, la obra de Jerónimo Caballero ofrece el interés de evidenciar la interrelación de influencias artísticas entre territorios limítrofes. Los minuciosos y acabados comentarios con que Pedro Segado analiza la producción del artista oscense revelan a un maestro ensamblador con notable talento para la talla, que domina los repertorios decorativos más comunes, y que renuncia al acabado escultórico. Los desarrollos artísticos, al igual que los de carácter socio-económico, se movieron en todo tiempo bajo criterios orgánicos, marcados por la vecindad geográfica antes que por razonamientos políticos. De ahí las oscilaciones hacia los atrayentes centros de Granada o Murcia para los territorios comarcales de Guadix, Baza y Huéscar. Toledo siempre quedó muy lejos.

Ana María GÓMEZ ROMÁN  
Centro de Estudios «Pedro Suárez»